

Antigua

Historia y Arqueología de las civilizaciones

MIGUEL DE
CERVANTES



Adolf Schulten
Antonio García y Bellido

Antigua: Historia y Arqueología de las civilizaciones [Web]



Página mantenida por el Taller Digital

[Publicado previamente en: *Archivo Español de Arqueología* 33, n.º 101-102, 1960, 222-228. Versión digital por cortesía del editor (*Servicio de Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid*) y de los herederos del autor, con la paginación original].

© Antonio García y Bellido

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Adolf Schulten *

Antonio García y Bellido



Sus noventa años de vida se encierran entre estas dos fechas extremas: Elberfeld, 27 de mayo de 1870 y Erlangen, 19 de marzo

* Utilizamos para esta breve nota biográfica tres fuentes principales que, en realidad, bien pu-

de 1960. Su padre, Wilhelm Schulten, de familia westfaliana, era entonces miembro del Consejo de Administración de la IG-Farben (entonces F. Bayer y Cía.). Su madre, Amanda Klarenbach, era de estirpe rhenana. En

dieran reducirse a una sola: 1) La autobiografía del propio Schulten escrita hacia 1939, es decir, poco antes de su 70 aniversario y sin duda motivada por él: *Fünfzig Jahre Forschung in Spanien*, folleto tirada aparte de la *Deutsche Zeitung für Spanien*, Barcelona, 31, 1949, núm. 711-714. 2) La biografía que escribió el profesor L. Pericot con ocasión del homenaje que la Universidad de Barcelona tributó al profesor alemán en el jubileo de su 70 aniversario: *Adolf Schulten: Su vida y sus obras. Homenaje de la Universidad de Barcelona con motivo de su 70º aniversario*, tirada aparte de los *Anales de la Universidad de Barcelona*, 1940, 45 ss. Va avalorada con una lista de las publicaciones de Schulten hasta 1940 inclusive. Recoge también los trabajos menores como recensiones, artículos ocasionales, etc. No van, empero, los artículos menores de la *RE* que, a partir de la *H*, fueron redactados por Schulten continuando en ello a Hübner. Aunque publicada esta última biografía antes que la primera, se basa, evidentemente, en ella, a la que sigue, por lo general al pie de la letra. Y 3) La traducción literal y completa al español de la autobiografía ya citada con el sólo añadido de los años transcurridos entre 1940 y 1945: *Adolf Schulten: Cincuenta y cinco años de Investigación en España*, Reus, 1953. Otros datos autobiográficos pueden verse en *Erinnerungen an Numantia* t. a. *Deutsche Zeitung für Spanien*, Barcelona, abril 1945.

A estas tres fuentes biográficas ha de añadirse el conocimiento directo del biografiado: Schulten me honró con su amistad y con un intercambio asiduo de correspondencia iniciada hacia el año 1930, cuando el investigador alemán se hallaba en la plenitud de su producción.

cuanto a la vida académica de nuestro biografiado, he aquí unos cuantos hitos: Estudios medios en el Gymnasium de Elberfeld; estudios universitarios en Göttingen, Bonn y Berlín, donde fue alumno de Wilamowitz-Möllendorff (Göttingen) y Mommsen (Berlín). Hizo su doctorado a los veintidós años (1892), versando sobre un tema de derecho público romano (*De conuentibus Ciuium Romanorum*). En 1896 la Universidad de Göttingen le acoge en sus aulas como Privatdozent de Historia Antigua. En 1907 pasa a la Universidad de Erlangen como profesor *extraordinarius* de aquella disciplina, y en 1909 fue nombrado catedrático *ordinarius* de la misma Universidad. Como tal, y después de medio siglo de magisterio, le alcanzó la muerte.

Su primer contacto con la Antigüedad lo tuvo Schulten en su propia patria, a los trece años de edad, con ocasión de un viaje a Treveris. Pero su verdadera inmersión dentro de este apasionante mundo no lo inició sino a los veinticuatro años, al disfrutar de una beca del Instituto Arqueológico del Imperio Alemán que le permitió conocer Italia, Grecia y el África del Norte (1894-95). Entre tanto había publicado ya algunos trabajos importantes, como "Das Territorium Legionis" (*Hermes*, 1894), "Die Landge-meinden im römischen Reich" (*Philologus*, 1894), 'a los que siguieron otros sobre el mismo tema, como "Die Peregrinen Gauge-meinden des römischen Reiches" (*Rheinisches Museum*, 1895), o sobre la centuria-ción, como "Die römische Flurteilung und ihre Reste" (Berlín, 1898), "Römische Flurkarten" (*Hermes*, 1898) y "Flurteilung und Territorien in den römischen Rheinlanden" (*Bonner Jahrb.* 1899). Aparte de crónicas y estudios sobre temas del Africa romana.

Pero el año decisivo en la vida de Schulten fue el de 1899. Esta fecha es la de su primer viaje a España. Un viaje sin propósito alguno especial, pero hecho con la ilusión de un romántico. Schulten vino a España porque le atraía. Simplemente. Sin embargo, aquella fecha fue un giro capital en su vida, cuyo rumbo cambió entonces de un modo brusco para iniciar una impresionante recta que sólo pudo interrumpir la muerte.

Schulten llega a España por vez primera en 1899. En 1902 lo vemos de nuevo aquí

interesado por las ruinas de *Numantia*. Entonces debió de madurar y acabar de perfilar su gran proyecto de escribir con todos los medios posibles la historia de aquella ciudad que tanto dio que hacer a Roma. En efecto, entre 1905 y 1914 logra terminar varias campañas arqueológicas en Numancia y sus alrededores (campamentos). Fruto de estos trabajos de campo y de los de biblioteca con los textos antiguos fue la aparición del primer tomo de *Numantia. Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912*, publicado por la casa Bruckmann de Munich en 1914. Este primer tomo va dedicado, como testimonio de gratitud, a U. von Wilamowitz-Möllendorff. En realidad no contiene sino los preludios, pues como su segundo título indica (*Die Keltiberer und ihre Kriege mit Rom*) en él se hace un amplio y profundo estudio de todas las circunstancias etnológicas e históricas que rodearon la caída de la heroica ciudad. La obra, con sus 400 páginas de gran formato *in folio*, sentó la base para toda la obra posterior de Schulten que, en definitiva, no es sino consecuencia y corolario de este gigantesco esfuerzo inicial. Así, su estudio "Polybios und Poseidonios über Iberien" (*Hermes*, 1911) o el artículo *Hispania* de la *RE*, publicado en 1912, no son sino estudios preparatorios del primer tomo de *Numantia*.

La primera guerra mundial (1914-18) interrumpió las actividades de Schulten en España, pero no por ello dejó de interesarse por nuevos puntos de nuestra historia antigua. En 1917 aparece su estudio sobre "Viriatius" (*Neue Jahrbücher für das klass. Altertum*, 1917).

Terminada la guerra, Schulten vuelve a España inmediatamente. Unos mecenas barceloneses y la ayuda del Instituto de Estudios Catalanes permiten a Schulten hacer en 1919 un detenido estudio de la costa española mediterránea con el fin de preparar la edición crítica de la *Ora Maritima* de Avienus, cuyo estudio le llevó, naturalmente, al de *Tartessos*. Fue Schulten quien revalidó, desde un punto de vista histórico nuevo, el viejo tema tan ligado al de la Atlántida y tan relacionado también con una multitud de problemas históricos y geográficos del resto del Mediterráneo. La apertura de este tema fue un gran acierto de Schulten, quien se incorporó con él a la curiosa corriente cultural neo-romántica que

tan bien distingue y caracteriza a la generación europea de la postguerra. Ésta, deseosa y necesitada de nuevos ideales, vio en el atra-yente misterio de las culturas desaparecidas un contenido ideal, capaz de devolverle la ilusión perdida, de vencer la desilusión de una guerra tan atroz como inútil. En los demás campos del saber se iniciaban también corrientes similares. Fueron los años en que estuvieron muy de moda los estudios de paleogeografía, de los que son muestras los numerosos artículos de Borchardt, Herrmann y Schulten en las *Petermans Mitteilungen*, artículos en los que se mezclan y barajan los nombres de Atlántida, Tartessos, Troya, Las Columnas de Hércules y el estaño de las Cassiterides. Es el decenio en que Herrmann publica su libro *Die Erdkarte der Urbibel* (Braunschwig, 1931), con extenso apéndice sobre los problemas de Tartessos y los etruscos y el intento de reconstrucción de un planisferio fenicio de hacia el año 1000 antes de J.C.; es entonces cuando se reavivan los estudios etruscos y aparece la teoría de Wegener sobre la emigración de los continentes, y cuando surge el bello tema de las islas paradisíacas en la Antigüedad, tema muy bien tratado precisamente por Schulten con su "Die Inseln der Seligen" (*Geograph. Zeitschrift*, 1926). Ortega, tan sensible a estas corrientes espirituales europeas, escribe por entonces su libro *Las Atlántidas*, en el que desarrolla la apasionante posición del hombre actual ante las culturas desaparecidas y vueltas a descubrir. No hay que olvidar que fueron también los años en que Spengler publica su libro famoso en el que defiende la idea de la emigración de las culturas. En este sentido Schulten fue hijo de su tiempo y, como tal, sensible, dentro de su especialidad, al momento espiritual de su época. Aquí, en España, sus estudios –pronto traducidos, comentados y discutidos– suscitaron una fuerte producción tartessióloga y fueron muchos los aficionados e investigadores españoles que se entregaron de lleno y con pasión a la gran "adivinanza" de Tartessos. En efecto, la bibliografía española sobre Tartessos, con su secuela relativa a la Atlántida, fue copiosa y ha seguido cultivándose, casi ininterrumpidamente, desde que apareció su *Tartessos* en 1924 hasta nues-

tros días ¹. La segunda edición de *Tartessos*, muy mejorada y ampliada, aparecida en 1945 (Madrid, Espasa-Calpe), y el artículo del mismo Schulten sobre (Tartessos y la Atlántida (*Rheinisches Museum für Philologie* 88, 1939, 326 ss.) son testimonios de que el interés por tales temas estaba aún muy vivo en el investigador alemán hacia 1945. Hoy parece que la racha tartessióloga que buscaba la ciudad de Tartessos ha remitido para preferir el problema (que quedaba aún en pie tal como lo dejaron los textos) de su cultura ambiente, hoy ya tangible gracias a los recientes estudios de la investigación española, estudios de carácter más arqueológico que textual y por tanto más objetivos. La *Ora Maritima* de Avienus está tan íntimamente ligada a Tartessos que explica el hecho de que Schulten haya hecho simultáneos ambos estudios. Por los mismos años en que el investigador alemán daba a luz su libro sobre Tartessos salía también a la palestra la edición comentada de este viejo testimonio escrito que ha llegado a nosotros con el título de *Ora Maritima*. El texto, conocido desde el Renacimiento, necesitaba una nueva interpretación y comentario a la luz de nuestros conocimientos actuales. La edición de Schulten salió en España en 1922. Pero lo importante de esta edición (que luego habría de mejorar el propio autor en una segunda edición salida en 1955) es que forma el primer jalón de una obra colosal, de gran ambición y de importancia decisiva en los estudios de nuestras antigüedades. Me refiero a las *Fontes Hispaniae Antiquae*, obra planeada en doce volúmenes, de los que van ya publicados ocho. El propósito de esta ingente obra es recoger todos los textos antiguos referentes a *Hispania*², y aunque, desgraciadamente, su director murió sin

¹ La edición original se publicó en Hamburgo, en 1922, con el título *Tartessos. Ein Beitrag zur ältesten Geschichte des Westens*. La traducción española se publicó –lo que es también significativo– por la "Revista de Occidente".

² La idea no era nueva. La había ya llevado a cabo, en la medida que en su tiempo era posible, nuestro benemérito Miguel Cortés y López, que publicó su obra, en tres volúmenes, *Diccionario Geográfico-Histórico de la España Antigua*, en 1835-1836. La obra de Cortés y López sirvió durante casi un siglo. Pero no podía satisfacer ya a los investigadores modernos, pues faltaban en ella todos o casi todos los autores secundarios y todas las referencias dispersas, aparte de que los textos utilizados estaban muy lejos de los depurados modernos.

verlas terminadas, se halla por fortuna en estado ya muy avanzado ³.

Con las *F. H. A.* Schulten ha puesto en las manos del investigador un instrumento de trabajo inapreciable. Sin él no podríamos explicarnos satisfactoriamente el progreso de los estudios españoles modernos en este campo de nuestra antigua historia, al menos en lo que respecta a la información textual y a su crítica, en muchos casos estimulada indirectamente por el propio Schulten, cuyos comentarios no siempre –y ello es natural– dejan del todo satisfecho al investigador. Esta obra, aún por terminar, es libro de consulta constante y fácil. Con ella el investigador alemán ha sentado la base firme y segura para el trabajo de varias generaciones, pues pasarán aún muchos años antes de que sea posible acometer de nuevo una recopilación similar que la supere. Y ello habrá de hacerse ineludiblemente partiendo de la recopilación de Schulten, que hemos de calificar de casi perfecta, ya que son realmente pocos los textos que han escapado a su perspicacia y erudición.

Complemento de las *F. H. A.* es su última obra sobre Geografía de la España antigua (*Iberische Landeskunde*, Strassbourg-Kehl, 1955. Van publicados dos volúmenes. Hay traducción española publicada por el Instituto Español de Arqueología con el título de *Geografía y Etnografía Antiguas de la Península Ibérica*, Madrid 1949). En ella Schulten ha recogido, ordenado, clasificado y comentado los testimonios conocidos sobre todos y cada uno de los accidentes geográficos de Hispania, de los productos de su suelo y subsuelo, tanto animales como vegetales y minerales. Para el investigador esta obra es inapreciable por su utilidad. Por desgracia, no sabemos si podrá darse a la luz íntegra, pues parece que los últimos capítulos se han extraviado.

Esto es, a grandes rasgos, el esquema de la vida y la obra de Schulten.

Salvo sus primeros años de investigador, en los que parece estuvo a punto de ser un

"africanista", Schulten consagró su vida entera a España, cuya historia, geografía y etnología antiguas estudió con ahinco, ayudado con eficacia por su conocimiento del griego y el latín, que fue amplio, según era norma de las Universidades alemanas. No hay que olvidar que su vocación primera fue la historia social, económica y militar, a la que le llevó su maestro Mommsen, pero no le faltó tampoco una preparación lingüística general obtenida al lado de su maestro y guía Wilamowitz en sus años de Göttingen. Pero como la historia antigua tiene una de sus fuentes en la arqueología (fuente capital e ineludible), también hubo de tocar Schulten esta rama de la ciencia de la Antigüedad, si bien con mucha menos competencia. Es que Schulten no tuvo nunca un profesor de Arqueología y ello fue grave defecto. En sus interpretaciones y comentarios de textos se nota mejor que en parte alguna esta deficiencia que, por otra parte, él tampoco trató de ocultar, aunque sí de disimular ⁴. Schulten, aunque excavó en más de un lugar de España, no fue nunca excavador técnicamente hablando, como no fue tampoco arqueólogo, en el sentido que hoy damos a esta palabra, ni numismata, ni epigrafista. Ello, aunque es disculpable en un especialista cualquiera –pues no es posible abarcar con la misma competencia sectores distintos–, no lo es tanto en un historiador que debe saber interpretar y concertar documentos y monumentos oriundos de todos aquellos campos.

Pero Schulten tuvo siempre conciencia exacta de estas lagunas en su formación y no se arredró en casos importantes ante la necesidad de buscar el parecer de aquellos que pudieran opinar con más autoridad que él. Schulten, pues, siguió siempre –al menos en los casos más difíciles– el único proceder posible en un investigador consciente de su responsabilidad: la consulta de colegas especializados. Por ello trajo consigo a Könen, a Lammerer, a Paulsen, a Jessen y otros más; por ello inquirió más de una vez las opiniones de Lippold, de Hiller von Gärtringen, Kretschmer, Littmann, Wickert,

³ Falta aún la edición de textos tan importantes como los de Mela, Ptolemaios, Itinerario antoniniano, Ravennate y los de historiadores y geógrafos menores. Esta es tarea que ha de recaer sobre la actual generación de investigadores españoles que, por fortuna, se halla excelentemente preparada para continuar y aun mejorar lo ya publicado.

⁴ Hablando en su autobiografía de las razones por las que llevó a *Numantia* a Könen en 1905, dice que fue por la experiencia de éste en la técnica de una excavación, y añade: "Die [Erfahrung] mir damals noch fehlte". En efecto, le faltaba entonces experiencia, pero realmente le faltó siempre.

etc., etc. No sentía ese orgullo de ciertos "sabios" que, por serlo en una materia, se creen obligados neciamente –y no sé por qué idea del prestigio personal– a serlo en todo.

Intentar diseñar, siquiera a grandes rasgos, el carácter de Schulten, sería pueril y no conduciría a nada aquí justificable. Quede ello para los que pudieron tratarlo en la más estricta intimidad, a solas y con el alma al desnudo. Nuestro contacto con Schulten ha sido meramente profesional, y aunque este aspecto fue, quizá, el predominante en el sabio alemán, el que modeló su modo de ver la vida y su modo de reaccionar ante ella, no es sin embargo bastante para conocer a un hombre y más si lo observamos fuera de su ambiente natural, fuera de su patria y. dé sus allegados.

Con todo, algunos rasgos de su modo de ser se revelan patentes hoy en nuestro recuerdo. Schulten se nos aparece, en la memoria, como hombre acogedor y de trato llano, pero un tanto reservado y nada locuaz. En su amistad se penetraba bien por el camino de la conversación científica, siempre que quedase previamente claro que el interlocutor era digno de hablar con él y que la conversación merecía la pena de tenerla. Y es que, en realidad, a Schulten no le importaba otra cosa que sus estudios. El hablar por hablar de cosas baladíes era para él –como lo es justificadamente para muchos– perder el tiempo. Por ello parecía arisco y solitario, y, sin ser orgulloso, lo parecía. Escuchaba con atención las opiniones diversas a las suyas, pero seguía invariablemente estas últimas. Por ello leyó poco a los demás y se atuvo siempre a "sus clásicos", entre los cuales estaba en primer lugar su propia persona. Y esto nos lleva a un aspecto muy específico de su labor científica.

Schulten llegó a España cuando los estudios arqueológicos, históricos y filológicos referentes a la Antigüedad se hallaban en una lamentable postración. España, que se incorporó con cierta dignidad al movimiento humanístico del Renacimiento, que aún produjo obras notables en el siglo XVIII, no pudo seguir ni de lejos la impresionante floración de la filología clásica que surgió durante la segunda mitad del siglo XIX en Alemania, principalmente. Muchas fueron las causas, pero el analizarlas cae muy fuera de

esta ocasión. Salvando las excepciones de rigor, la arqueología, como la filología clásicas, vivían aquí en un casi total abandono a comienzos de este siglo.

Ante este panorama no es de extrañar que nuestro biografiado tomara una actitud despectiva hacia la producción científica peninsular. Aquel joven se encontró, realmente, con un tema inmenso y virgen en el cual nada o muy poco habían penetrado los que debieran estar más interesados. Esta primera impresión fue tan fuerte, que se marcó de un modo indeleble en su espíritu llevándola hasta su muerte. Schulten nunca apreció la producción española, ni aun siquiera después que ésta, en rápido, impresionante y ejemplar resurrección, se puso a la altura –si no por la cantidad, sí por la calidad– del nivel europeo. Era ya tarde. El prejuicio (justo –reconozcámoslo de nuevo– a comienzos de este siglo) no dio paso al juicio. Éste no trató siquiera de modificarlo, entre otras razones porque no leía lo que aquí se publicaba. En sus libros, incluso los últimos, se ve la sistemática ausencia de bibliografía española precisamente en casos en que la única aprovechable era la nuestra. No la utilizaba, simplemente, porque la desconocía. Tal desconocimiento procedía de una falta de interés, del mismo modo que esta falta de interés surgía de la falta de aprecio inicial. En consecuencia, al no conocer la producción peninsular, las referencias bibliográficas revertían de un modo insistente y reiterativo sobre sus propios trabajos, dando lugar a ese "narcisismo" científico tan característico de su obra. Ello le ha hecho aparecer como orgulloso sin serlo –repetimos–, y como vanidoso y soberbio, siéndolo sólo en la medida perdonable y comprensible con que un hombre de verdadera vocación aprecia y valora su propia obra, sobre todo cuando se siente único en el campo de su investigación.

Sin embargo, acaso hubiera de admitirse un poco de todo aquello. Así se explicaría que tampoco en su propia patria hubiese sabido Schulten vivir en un ambiente de abierta amistad. Es verdad que sus largas ausencias no eran propicias a la creación de un círculo de afectos. La amistad sincera es fruto que sólo madura en el sedentarismo, pues el ave de paso no hace nido⁵. Schulten tendía más hacia las altas esferas

en las que era posible hallar apoyo y comprensión a sus designios, por otra parte desinteresados y nobles. Y hay que reconocer que supo sacar el provecho apetecido estimulando incluso el apoyo del Emperador Guillermo II, pues las excavaciones en Numancia y sus campamentos, la ingente obra publicada, más los muchos viajes de Schulten, fueron empresas caras para las que se requirieron mecenazgos generosos.

Con sus colegas de aquí tampoco supo crear Schulten una verdadera e íntima amistad. Antes bien, cometió al principio ciertas indiscreciones que lograron soliviantar el patriotismo de campanario de algunos, hasta el punto de originar una "literatura" combatiente "antischulteniana". Ello le acarreó antipatías y disgustos⁶. Con todo, la hospitalidad española – que Schulten alabó con sinceridad (véase *Das Land der Höflichkeit*)– restañó estos arañazos (más que heridas) y el sabio alemán podía decir, con orgullo y justicia, que en España tenía una *cohors amicorum* tan fiel como devota.

5 Ello explicaría que sus compatriotas dejaran pasar en silencio su 70 ó su 80 *Geburtstag* cuando tan frecuentes son en Alemania estos homenajes, incluso en personas de mucho menos méritos.

6 El más grave fue el originado por su reiterada afirmación de haber sido él el descubridor de Numancia. No dejó de repetirlo y proclamarlo. Aún, en su *Gesch. von Numantia*, München 1933, 157 s., insiste en ello. Pero, prescindiendo de los atisbos renacentistas, que ya se fijaron en las ruinas de Garay, la ubicación precisa, definitiva, se debe –como de todos es sabido– a Saavedra, que en 1861 publicó las pruebas de ello. Saavedra concluyó: "La situación geográfica de Numancia queda determinada de una manera indudable" (*Memorias de la R. Acad. de la Hist.* IX, 30), y en el plano que acompaña, Numancia se sitúa, en efecto, en la Muela de Garay. Años después, en 1877, decían Delgado, Olózaga y Fernández-Guerra, en su Memoria de las excavaciones de Numancia (*BRAH* 1, 1877, 55 ss.): "Las exploraciones hechas hasta el día aclaran y confirman cuantos datos han llegado a nosotros sobre aquella ciudad insigne: Que la primitiva, pereció entre las llamas inmortales; que posteriormente fue reedificada; que la nueva Numancia existía en el siglo III y VII de la Era Cristiana" (pág. 37). Por si fuese poco, en 1886 eran declaradas sus ruinas Monumento Nacional. Es más, en 1886 el regimiento de San Marcial pone un pedestal allí con esta dedicatoria: "A los héroes de Numancia". Y, finalmente, en 1904 (13 de julio) se firma la Real Orden disponiendo se eleve el actual monumento, inaugurado por Alfonso XIII en 24-VIII-1905, acto del que fue testigo casual el propio Schulten, que acababa de iniciar allí sus excavaciones doce días antes. Con estos y otros antecedentes, que Schulten conocía bien, era en verdad atrevido arrogarse el descubrimiento de Numancia, ni aún afirmando haber sido él quien vio la ciudad del 133 bajo la romana posterior, pues había sido vista en 1877, como queda dicho, y, posteriormente, en más de una ocasión.

Pero esta *cohors* tenía sus campamentos en provincias, pero no en Madrid. No logró Schulten penetrar en nuestros círculos científicos. No hizo amistades íntimas. No buscó colaboración. En una palabra: no supo o no quiso entablar el diálogo. Vivía aislado y cuando entraba en sociedad (conferencias) se presentaba como un Júpiter, incluso haciéndose anunciar en la prensa días antes de su llegada. Todo ello es intrascendente y pueril, pero dibuja un carácter y con tal fin lo recuerdo.

Si pudiésemos hacer ahora –¡tan cerca aún de su vida!– un juicio de lo que Schulten significa en nuestro conocimiento de la *Hispania Antiqua*, yo no dudaría en atribuirle un valor fundamental, singularmente en lo que respecta a la historia, a la geografía y a la etnología peninsulares. Pero dicho así, el juicio queda aún demasiado vago.

Para precisarlo más vamos a comparar su obra con la de Hübner, que es ya un valor bien conocido. Hübner fue, y sigue aún siéndolo todavía –al menos en ciertos aspectos–, irremplazable para todo lo tangente a la época romana imperial, que conoció (salvado deficiencias propias de su tiempo) mucho mejor que Schulten en todos sus aspectos⁷. Schulten, en cambio, se ocupó con competencia suma de todo lo concerniente a la época preimperial romana en la Península (íberos, celtas, conquista romana, etnología, topografía, Tartessos, colonizaciones, en especial la griega, etc.), sector amplísimo de nuestra historia que Hübner casi no tocó y que Schulten halló virtualmente intacto, sólo comenzado a entrever –pero a través de la arqueología (que Schulten no dominaba)– por el benemérito investigador francés P. Paris, quien, antes de que el investigador alemán iniciase sus estudios sobre *Numantia*, había dado ya a la luz los dos reveladores volúmenes de su *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne Primitive* (París, 1903 y 1904). Hübner y Schulten tuvieron, pues, actividades complementarias. Pero la suma de ambas abarca toda la historia antigua de España con sus dos divisiones fundamentales: 1) La preimperial,

7 Prueba de que Schulten no tenía preparación científica suficiente para abordar este ingente tema, es su estudio *Hispania* publicado en la *RE* (1912), muy inferior al de María Marchetti, publicado en el Diccionario de De Ruggiero (1917).

de signo principalmente indígena, tema que investigó Schulten, y 2) La imperial romana, de amplitud universal, que fue materia predilecta de Hübner. La división de estos dos campos es tan clara y tan precisa (justamente el cambio de Era, el advenimiento del Imperio, la desaparición del indigenismo y la subsiguiente incorporación de *Hispania* a la Historia de Roma) que no parece sino que hubiese habido un pacto entre ambos eruditos alemanes para repartirse orgánicamente un mundo de la investigación.

Hübner y Schulten son, sin duda, los dos grandes hispanistas que para la Historia Antigua de España (advértase que excluyo la arqueología en su sentido lato) ha producido Europa en un siglo entero. Pues aquí la coincidencia no deja de ser notable: Hübner viviendo en la segunda mitad del siglo XIX y Schulten en la primera del XX se reparten por igual los cien años transcurridos entre 1850 y 1950 (Schulten dejó de producir ya a partir de esta fecha). La labor y la eficacia de ella es equivalente en ambos sabios cada cual en su campo. Los dos iluminaron vastos horizontes antes ignotos o casi ignotos; los dos entregaron su vida por entero al estudio del tema hispano; los dos fueron amantes sinceros de España, cuyo idioma hablaron y escribieron bien (Hübner, empero, bastante mejor que su compatriota); y tanto el uno como el otro recorrieron reiteradas veces la Península y sus rincónes, conviviendo con las gentes más variadas.

Casi todos los trabajos que Schulten publicó sobre España Antigua fueron vertidos oportunamente al castellano y algunos también al portugués, incluso varios fueron publicados directamente en estas lenguas. Su labor fue, pues, rápidamente divulgada. La amenidad y misterio de ciertos temas (Tartessos, Atlántida, etc.) captó pronto la atención de un gran número de lectores y "diletanti" que, desde entonces, manejaron la densa bibliografía del historiador alemán con soltura y provecho. Fue, por tanto, un enérgico revulsivo que contribuyó no poco al renacimiento de estos estudios en la Península. La única obra que no ha sido traducida ha sido su *Numantia* (aludo a la gran

obra en cuatro grandes volúmenes publicada por Bruckmann desde 1914). Lo costoso de la empresa justifica esta excepción. Por ello es también la que menos influjo ha tenido, ya que sólo era asequible para los especialistas mejor preparados. Pero puede decirse que, como buena parte del material en ella utilizado fue luego dado, de un modo o de otro, por el propio Schulten en obras posteriores, el acervo documental que aquélla atesoraba ha entrado también fácilmente en circulación casi íntegro y en muchos casos reelaborado y mejorado. Cabe afirmar, por lo dicho, que Schulten es y ha sido mejor conocido y más apreciado en España que fuera de ella.

No es de extrañar, pues, que —aparte el aprecio y alta estima que su obra merece— haya recogido aquí no pocas distinciones y homenajes. El Estado español supo premiar su acendrada dedicación concediéndole en 1907 la "Encomienda de número de la Orden de Alfonso XII". En 1940 recibió del Jefe del Estado la "Gran Cruz de la Orden de Alfonso el Sabio". La Real Academia de la Historia le nombró Miembro Correspondiente en 1905, y la Universidad de Barcelona "Doctor honoris causa" en 1940, al cumplir sus setenta años. Pero, aunque pasemos por alto otras distinciones, no debemos silenciar una de signo muy diverso pero tan expresiva como las citadas. Durante los amargos años de la postguerra última, concretamente entre 1945 y 1950, el Ministerio de Educación Nacional otorgó al Profesor Schulten (como a otros investigadores extranjeros aquí refugiados) una ayuda económica que le fue renovada en los años 1954 y 1955. Más de una vez, en nuestros paseos por Tarragona, lugar por él elegido como residencia durante aquellos tremendos años, me subrayó Schulten su gratitud.

Justo es que, quien tanto hizo por conocer nuestra Historia Antigua, recibiese entonces el abrazo consolador y reciba ahora de todos, y desde las páginas de esta revista, el fervoroso homenaje que merece. Añadamos al S. T. T. L. de los tiempos que tanto amó, el R. I. P. de los nuestros.

A. GARCÍA Y BELLIDO.